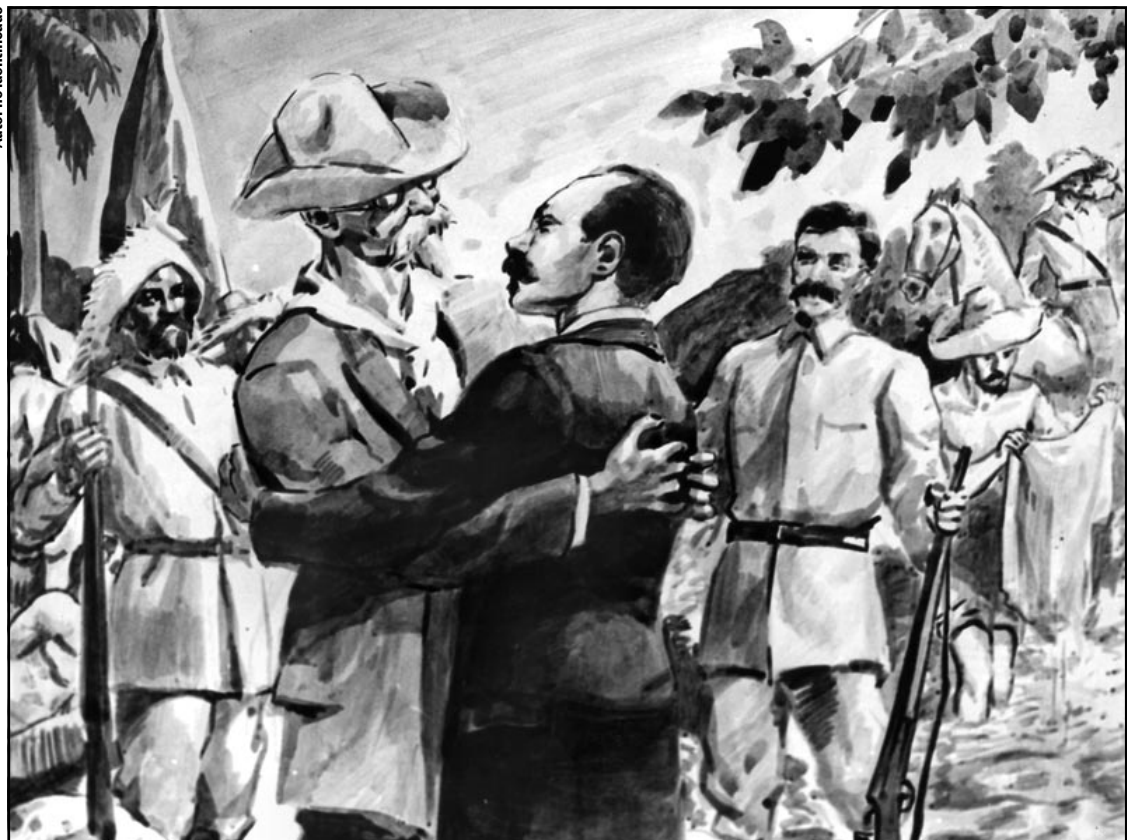


El mayor general José Martí

El otorgamiento del grado no fue un regalo halagador ni un sinsentido a una persona ajena a los temas militares, sino el reconocimiento de sus condiciones de liderazgo en medio de una lucha armada de liberación nacional

Por **PEDRO PABLO RODRÍGUEZ***

Auto no identificado



Martí destacó: “¡De un abrazo igualaban mi pobre vida a la de sus diez años!”.

¡QUÉ día el 15 de abril de 1895 para José Martí! Era aquella su quinta fecha en la patria. Había desembarcado el 11 por La Playita, un pequeño espacio arenoso con numerosas piedras al pie de las montañas guantanameras, y durante los días siguientes se movió por la agreste y entonces poco poblada región en busca de fuerzas patrióticas.

No pisaba tierra cubana desde el 25 de septiembre de 1879, cuando zarpó del puerto de La Habana el barco que lo condujo a Santander, deportado por segunda ocasión a la metrópoli por sus actividades conspirativas en pro de la independencia cubana.

Por eso al anotar su salto a tierra escribió en su diario: “Dicha grande”.

Aquel 15 de abril le acompañaban en el campamento levantado la noche anterior sus cinco compañeros del arribo a Cuba, tres de ellos generales; los otros dos, sin experiencia militar alguna. Estos últimos eran hombres más jóvenes que él: el espirituano César Salas Zamora y el dominicano Marcos del Rosario Mendoza. Los primeros eran el mayor general dominicano Máximo Gómez Báez, electo general en jefe del Ejército Libertador; el general de brigada holguinero Ángel Guerra Porro y el general palmero Francisco Borrero Lavadí, llamado por todos *Paquito*.

El 14 se habían encontrado con la tropa mambisa al mando del entonces comandante Félix Ruenes Aguirre, el jefe de aquella zona baracoense, quien les buscaba desde

días antes. Y todos juntos hicieron noche en el rancho de Tavera, a cuya entrada Gómez colgó la hamaca de Martí.

Mayor general

El 15 de abril fue agitado: salieron comisiones en busca de alimentos y parque, a conseguir un práctico, mientras Gómez y Martí escribían sus anotaciones sobre las recientes jornadas. “Al caer la tarde —cuenta el Apóstol en su *Diario de campaña*, en fila la gente, sale a la cañada el General, con Paquito, Guerra y Ruenes”. Alguien, obviamente Gómez, pregunta a Martí con cortesía: “¿Nos permite a los tres solos?”. Y Martí escribe: “Me resigno mohino”. Y se pregunta: “¿Será algún peligro?”.

El relato martiano continúa explicando que Ángel Guerra sube de la cañada, lo llama, bajan. Y narra así lo que encuentra: “Gómez, al pie del monte, en la vereda sombreada de plátanos, con la cañada abajo, me dice, bello y enternecido, que aparte de reconocer en mí al Delegado, el Ejército Libertador, por él su Jefe, electo en consejo de jefes, me nombra Mayor General. Lo abrazo. Me abrazan todos”.

La brevedad de la narración no puede ocultar la grandeza e importancia del acontecimiento y la emoción que embargó a sus protagonistas. Martí se convertía así, dualmente, en uno de los jefes militares y políticos de la Revolución que comenzaba por aquellas semanas. Si nadie le había disputado hasta ese momento su liderazgo en el Partido Revolucionario Cubano, donde se le había elegido Delegado por cuatro años consecutivos, desde ese 15 de abril figuraba en la más alta posición dentro del escalafón militar patriótico.

Al escribir la narración del suceso, Martí detalla con cierta minuciosidad fotográfica la escena en que este tuvo lugar, claro indicio de cómo aquel instante le quedó grabado en su mente. La persona del General en Jefe, “bello y enternecido”, nos sorprende con las mejores prendas

de su verdadera personalidad, casi siempre disimulada por el rígido ejercicio del mando militar.

Segundo relato de Martí, una acotación de Gómez

Al día siguiente, el 16 de abril, Martí retoma la extensa carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, sus más cercanos colaboradores en Nueva York en las tareas del Partido Revolucionario Cubano, iniciada el 15, en la que relata la salida hacia la Isla, el desembarco y los hechos acaecidos hasta entonces ya en la patria. Y en esa misiva, luego de referir que, desde su llegada, le llamaban general los soldados, título que lo avergonzaba por inmerecido, da otro relato de lo ocurrido con el consejo de jefes, muy cercano al del *Diario*: “al caer la tarde vi bajar hacia la cañada al General Gómez seguido de los jefes, y me hicieron seña de que me quedase lejos. Me quedé mohino, creyendo que iban a concertar algún peligro en que me dejarían atrás. A poco sube llamándome Ángel Guerra, con el rostro feliz. Era que Gómez, como General en Jefe, había acordado, en consejo de jefes, a la vez que reconocermé en la guerra como Delegado del Partido Revolucionario, nombrarme, en atención a mis servicios y a la opinión unánime que

lo rodea, Mayor General del Ejército Libertador. ¡De un abrazo igualaban mi pobre vida a la de sus diez años!”.

La emoción y la eticidad del gesto son resaltadas a seguidas por Martí: “Me apretaron largamente en sus brazos. Admiren conmigo la gran nobleza. Lleno de ternura veo la abnegación serena, y de todos, gran nobleza”.

Gómez, por su parte, recoge el suceso de manera escueta en su *Diario de campaña*: “Grado a Martí de Mayor General”. Y lo apunta no el 15 sino el 18 de abril. Quizás las intensas y variadas actividades de los días previos solo le permitieron antes escribir no más de dos o tres líneas cada día.

Razones para el nombramiento

No cabe duda alguna de que, a pesar de haber consultado con dos generales y un comandante del Ejército Libertador, la decisión surgió de la cabeza de Gómez, quien, además, en aquel momento —dado que aún no se había determinado disposición alguna acerca de la manera de ejercer los mandos en esa institución armada—, tenía todas las facultades para otorgar grados y para repartir cargos y funciones, puesto que ocupaba la máxima jefatura militar.

Ilustración: HERNÁNDEZ GIRO



Aquel 15 de abril le acompañaban, además de Máximo Gómez, otros compañeros, dos de ellos generales, los restantes sin experiencia militar alguna.



Durante los días siguientes al desembarco por Playitas, los seis expedicionarios se movieron por la agreste y entonces poco poblada región en busca de fuerzas patrióticas.

Gómez había sufrido en carne propia las desavenencias entre el mando militar y civil durante la Guerra de los Diez Años y es sabido que intentó una fórmula para mantener la unidad entre ambos cuando se puso al frente del Plan de San Pedro Sula en 1884, a pesar de que Martí se separó de él por estimar considerar que en la persona del General se manifestaban posturas caudillistas. Pero la cercanía, y hasta la intimidad, de las relaciones y de ideas entre Martí y él alcanzadas progresivamente luego de la entrevista inicial que tuvieron en 1892 en República Dominicana, y los intercambios epistolares y personales durante los preparativos de la contienda, más durante la incorporación a la guerra en Cuba, permiten estimar, además, que fue suya la idea de concederle ese grado militar.

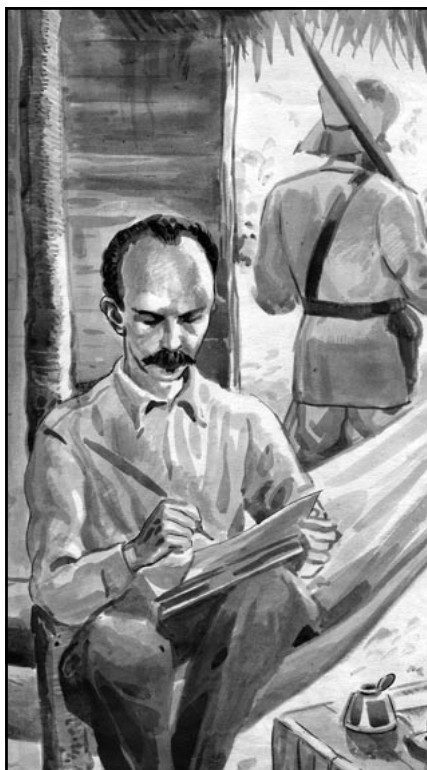
Probablemente también influyó en Gómez lo narrado por Martí en la carta mencionada antes a Gonzalo de Quesada y a Benjamín Guerra, en cuanto a que los patriotas, por los lugares que atravesaba, lo calificaban espontáneamente de general.

Así, pues, el hombre que a partir del 15 de abril de 1895 se movió por los campos orientales no fue solo el líder político de la Revolución dado su cargo en el Partido Revolucionario Cubano, sino que también estaba plenamente investido de una autoridad en el Ejército Libertador.

Pensamiento militar

La condición de mayor general, aunque Martí no la hiciera constar en documento oficial alguno a nuestro alcance hasta hoy, favorecía el acatamiento y la aplicación de los varios documentos que firmó

Autor no identificado



Martí retoma el 16 de abril la extensa carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, iniciada el 15, en la que cuenta la salida hacia la Isla, el desembarco y los hechos ocurridos hasta entonces.

dirigidos a distintos jefes, más las instrucciones acerca de la política de la guerra, durante su marcha hacia Camagüey para formar el Gobierno y ante él, deponer su autoridad como Delegado del Partido.

En tales documentos se evidencia, como han afirmado algunos de sus estudiosos, que Martí llegó a adquirir un pensamiento militar, fundamentalmente en el nivel estratégico.

Se han valorado positivamente sus juicios acerca de alternar los métodos de lucha, no cejar en molestar al enemigo y cortarle sus bases de abastecimiento, mantener una disciplina severa en las tropas mambisas, crear y preservar una retaguardia adecuada y dominar vías de comunicación propias y poner en jaque permanente las del enemigo.

Fue Martí un estudioso de la Guerra de los Diez Años, sobre la cual acopió una enorme cantidad de información que, por las notas conservadas, iba a dar amplio espacio al examen de muchas acciones combativas. También se informó ampliamente acerca de la Guerra Civil de Estados Unidos, como lo demuestra en su amplio texto dedicado a la muerte del general Ulysses S. Grant, el jefe de los ejércitos del Norte, cuya peculiar concepción y estrategia para vencer a los confederados fue objeto de una minuciosa explicación martiana en ese escrito.

En dos palabras: el otorgamiento del grado de mayor general no fue un regalo halagador, ni un sinsentido, a una persona ajena a los temas militares: fue el reconocimiento de su condiciones de liderazgo en medio de una lucha armada de liberación nacional, que él llamó necesaria, y que lo condujo a cumplir su deber de pelear con las armas y de poner sus capacidades, talento y conocimiento al servicio de esa empresa.

Por todo eso fue feliz aquel 15 de abril de 1895 cuando, humildemente, aceptó el grado de mayor general. ●

***Doctor en Ciencias Históricas. Vicepresidente del Centro de Estudios Martianos, coordina la Edición Crítica de las Obras Completas del Apóstol. Miembro de la Academia de la Historia.**